

NOTA

MINUCIO FELIX FACETAS LITERARIAS DE TEMAS FILOSÓFICOS*

ALFREDO JUAN SCHROEDER

Procederemos a la manera inversa de Minucio Felix, quien ha seguido el camino de la filosofía identificándola con la fe de los primeros cristianos. Ha omitido, obviado -son verbos muy repetidos- o bien ha desdogmatizado importantes artículos del credo cristiano. La persona de Cristo, a modo de ejemplo, no aparece en los cuarenta capítulos de su *Octavius*. Cuando Cecilio le enrostra a Octavio una indigna antropopatría o culto a un mortal malvado muerto en la cruz, simplemente contesta “estáis errando muy lejos de las cercanías de la verdad” (*longe de vicinia veritatis erratis*, 9. 2). Era justo el momento de afirmar que los gentiles adoran a hombres a menudo indignos divinizados, y los cristianos, en cambio, adoran al Verbo encarnado, a un Dios hecho hombre para su salvación.

Es visible el esfuerzo de M.F. de hermanar filosofía griega y fe cristiana, proyectando para Platón, Virgilio y Séneca, entre otros, un alma *naturaliter christiana* sin el sello del bautismo. Será Octavio quien levante estas banderas: “o ahora los cristianos son filósofos, o los filósofos ya entonces fueron cristianos” (*Aut nunc Christianos philosophos esse aut philosophos fuisse iam tum Christianos* 20. 1).

M.F. abrió caminos pronto transitados por los dos grandes alejandrinos, Clemente y Orígenes. Los historiará el casi contemporáneo Eusebio, y en tiempos más recientes Ernst Robert Curtius en su *Literatura europea y Edad Media Latina* (F.C.E., México, 1975, cap. 11) y Werner Jaeger en su *Teología de los primeros filósofos griegos* (F.C.E., México, 1978).

* 403onencia presentada en las X Jornadas de Estudios Clásicos, organizadas por este Instituto en junio de 1999.

Esta doctrina conciliadora seguida hasta después de la Edad Media, alguna vez cuestionada por la jerarquía, llegó a ser ofrecida como “propedeútica concedida por Dios a los griegos”.

Nosotros dejamos clausurada esta racionalización de la fe, que desarrolla Octavio y que concluye con la conversión de Cecilio, tan repentina e inesperada. La sustituiremos por temas más simples y más poéticos, por una sensibilidad literaria, que puede pesar en el imprevisto desenlace notorio especialmente en los últimos capítulos del *Octavius*.

Nos reduciremos por lo tanto a algunas facetas: 1) el culto de la amistad tan arraigado en los tres africanos; 2) la ternura de los niños agrupados en distintas categorías; 3) la indigencia de los pobres tan ensalzada en el cristianismo como menoscabada en la gentilidad; y algunas otras referencias más breves que tocan la fina sensibilidad de Octavio a la par de la compleja racionalidad de los treinta y cinco filósofos griegos citados en el *Octavius*. Si bien todos estos temas pueden parecer menores ya que no rozan el dogma, pesan sin embargo en el sorprendente desenlace del último capítulo al facilitar el vuelco de Cecilio a la fe cristiana, todavía parcial, pero totalmente inesperado y de gran trascendencia.

1. LA AMISTAD

El debate, con M.F. sentado en el medio como juez, con los dos contrincantes a ambos lados, a la manera bien particular de los africanos, que Salustio confirma (en *Yugur.* 11. 3) tan distante de los paseos griegos, fue en un comienzo muy agrio, para terminar con un final feliz para todos. Había transformado el carácter de Cecilio, siempre tan vivaz y alegre en sus ojos y en su rostro. En efecto, tras el beso aéreo del pagano a la figura de Serapis en Ostia, Octavio comentó el piadoso acto con agresividad: “Mi querido hermano Marco (por Minucio Felix) es impropio de un hombre honrado (*virī bonī*) dejar en la ceguera de la ignorancia a quien siempre va en tu compañía” (Cap. 2). Esta apreciación ofende a Cecilio, quien incluso criticará más adelante el tratamiento de *frater* que Octavio dispensara a M.F., por considerarlo propio de los cristianos, de quienes observa “cómo se aman mutuamente entre sí y cómo con la promiscuidad de nombres tan sagrados como *fratres* y *sonores* el estupro se hace incesto”. *Se [...] amant mutuo paene ante quam noverint* refuerza Cecilio en 9.2. El debate queda abierto.

De los tres protagonistas del diálogo, el que más se destaca por la extensión de su participación, por llevar su nombre el título de la obra, por los afectos despertados y depositados en él y por la poesía de su exquisita sensibilidad, es Octavio, calificado con la imagen de *boni et fidelissimi contubernalis* quebrantando una *concinmitas* de manera inusual entre los clásicos. A *contubernalis* (*cum + taberna*) lo traducimos por camarada, dejando a *comitem* (*cum + ire*) por compañero de viaje (cap. 14). La *dulcedo et affectio* con sus hendiadis, tan del gusto de M.F., refuerzan notoriamente estos dos sentimientos reducidos a uno: “la dulzura del afecto”. En la mitad del capítulo inicial el tema de la amistad va en *crecendo -amore* por primera vez- a tal punto que “ya en los entretenimientos, ya en los temas serios, armonizaba conmigo con una pareja voluntad de querer o no querer las mismas cosas”. Esta fórmula de Salustio (*De coniur.* 20. 4) para la amistad requiere el enfático *idem velle atque idem nolle. Ea firma amicitia est.* Es una fórmula igualitaria como la de M. F., como la ciceroniana (*unus quasi animus, De amic.* 25, 92), como la horaciana (*animae dimidium meae, Odas,* 1. 3. 8). Conformen una síntesis muy cara al gusto de los estoicos. En el mismo centro del capítulo una nueva hendiadis (*convictus nostri et familiaritatis*) subraya esta “convivencia íntima” o “intimidad de la convivencia”.

Habrà aquí en este debate una clase y grado distintos de amistad, una suerte de exasperación de la amistad con celos por parte de Octavio, a quien desagrade que Cecilio esté tan “apegado” (*inhaerentem*) “tanto en tu casa como fuera de ella” (*domi forisque,* 3. 1).

Octavio, que había influido en la conversión de M.F., trata evidentemente de exigirle a su ahijado que no le permita este pagano beso aéreo a una rústica piedra, imagen de Serapis, divinidad egipcia, pues ello no favorece ni a Cecilio ni a M.F.

Este gesto de amistad y de piedad era frecuente entre los paganos; consistía en “enviar, como suele hacer el vulgo supersticioso, un beso con los labios, acercando la mano a la boca” (2. 4). Lo atestiguan también, entre otros, Plinio (*N. H.* 28. 2. 5) y Apuleyo (*Apol.* 56. 4 y *Metamorf.* 4. 28). Podría agregarse un testimonio plástico, el conocido grafito del palatino (Museo de las Termas de Roma), en el que un joven en la citada actitud saluda a una cabeza de asno crucificada con la inscripción griega “Alejamenos adora a su dios”.

Cecilio propone a Octavio un debate a fondo (*de toto et integro,* 5. 4), pero Octavio logrará imponerle los temas pequeños y tiernos, que nos insertarán en las vías amistosas de la inesperada conversión. Es difícil aceptar el repentino y tremendo

vuelco una vez que han sido reducidos o eliminados los argumentos de la razón y de la fe, y a la par rumores y calumnias contra los cristianos. Pero si consideramos que los tres protagonistas son amigos de toda la vida, compatriotas del África, compañeros que se reencuentran en Roma, podremos valorar la fuerza de estos lazos de amistad, que los mantiene unidos tras un triple acto de conversiones sucesivas; primero de Octavio, luego del autor, M.F., por influjo reconocido del primer converso, y por último, el de Cecilio, evidentemente presionado por los dos ya convertidos. Siempre dejamos obviada la eficacia de la gracia denominada por los teólogos *ex opere operato* o *ex opere operantis*, que M.F., en boca de Octavio puede disimular pero no negar (cap. 24, 27, 37).

Fue la muerte de Octavio *-discedens* es la partida final- la que les dejó a los otros dos amigos (1. 3) la inmensa nostalgia de sí (*immensum sui desiderium*, 1. 3) la que les quitó de los ojos la imagen del amigo y la proyectó en lo más profundo de su corazón.

La *amicitia* que Cicerón hace derivar de *amor* y *amare* los paganos no saben explicarla en los trances supremos del martirio. El “mira cómo se aman” es elocuente testimonio de cómo el culto del amor y de la amistad está arraigado en el cristianismo. El coetáneo Tertuliano, que coincide tantas veces con M. F., lo reitera: *Vide, inquit, ut se invicem diligant* (Tert. *Apol.*, 39. 7).

Este culto tiene su contraparte en el odio a nosotros, sembrado ocultamente por los demonios a través del temor: *naturale est enim et odisse quem timeas et quem metueris infestare, si possis* (27. 8). Su doctrina del amor está fundada en que “no sabemos odiar”: *quoniam odisse non novimus*.

Cerramos el subtema de la amistad, demasiado largo, con el último renglón del último capítulo. Tres términos: *Laeti hilaresque discessimus* (“partimos felices y alegres”) conforman la última y más densa definición de amistad. La última ovejita ha vuelto al redil. Cecilio ha aceptado -por hoy- la triple esencia del cristianismo: la Providencia, el Dios único creador y la pureza de la doctrina cristiana. El debate seguirá mañana (*crastino*).

2. LA PRESENCIA DE LOS NIÑOS

Las expansiones referidas a la amistad pecaron por excesiva abundancia; las referidas a los niños balbuceantes, en cambio, son escasísimas en la literatura greco-latina. Están en el primer capítulo del *Octavius* y sólo ofreceremos una escueta descripción: “todavía ensayan las medias palabras”. Están referidas a los hijos del mismo; quien abandona su patria, su hogar, su esposa y sus hijos pequeños. “Su parloteo es más dulce por la quiebra misma de su lengua balbuceante”.

Hay un segundo grupo de niños que juegan en las playas de Ostia y divierten a los tres africanos, que vienen de paseo y a tomar baños de mar. Mejor dicho, son dos los africanos que gozan del juego, pues Cecilio permanece en su silencio y adustez por los agravios inferidos a él y a su probable patrón. “Vemos -dice M. F. en 3. 5- que unos niños jugaban regocijantes a porfía con disparos de guijarros en el mar”. “Este juego -continúa M. F.- consiste en elegir en la playa un guijarro redondo pulido por el movimiento de las olas. A dicho guijarro, tomado con los dedos en su lado plano, lo hacen rodar sobre las olas inclinándose ellos mismos y agachándose cuanto pueden, de modo que aquel proyectil así lanzado, ora roza el dorso del mar, ora lo va sobrevolando, mientras se desliza con suave impulso, o bien salta y emerge cortando las crestas de las olas, mientras se eleva en repetidos saltos. Se consideraba vencedor entre los niños aquel cuyo guijarro corriera a mayor distancia y saltara más veces” (3. 6). El juego es de origen griego y se denomina *epostracismo*.

El discurso de Cecilio pronunciado en los murallones de piedra sobre temas filosóficos y religiosos deja atrás al grupo de niños cuyos juegos y competencias quedan sólo como símbolos del debate contrastante entre Cecilio y Octavio. Estos paseos con debate por las playas de Ostia tendrán imitadores en Aulo Gelio (18. 1), Prudencio (*Perist.* XI) y San Agustín (*Confes.* IX).

Habrá un tercer grupo de niños, producto de fantasías y calumnias: los asesinados por los iniciados para los misterios, cuya sangre debería ser bebida, rumor que Plinio el gobernador de Bitinia en carta al emperador Trajano desmiente, denominando a dicho *agape cibum promiscum tamen et innoxium* (*Epist.* 10. 96. 7).

Están todavía los *pueri et mulierculae nostrae* que sufrirán *cruces et tormenta* (37. 5) y llenarán páginas del martirologio cristiano. Pero los que más duelen a M. F. - los llama *miseri*- son los *ingenia puerorum*, que se corrompen, crecen y envejecen con ficciones y fábulas (*corrumpuntur, adolescent y consenescent, figmentis et fabulis*, 23. 8). Le indigna llegar a viejo, “tener la verdad a la vista y no buscarla” (23. 8)..

Seguiremos rastreando en M. F. algunos sentimientos exquisitos, poéticos, modernos de Octavio, quien ya ha penetrado en la intimidad de Cecilio para ganarse su simpatía más que su argumentación retórica. Acumularemos algún ornato más de esa suerte de jardín florecido que es su *Octavius*.

3. LOS POBRES

Sobre la indigencia de los pobres, Cecilio comienza por referirse a los cristianos como lo más bajo de la sociedad, sin nombrarlos. Ello fue siempre timbre de honor del cristianismo desde sus orígenes. Octavio reitera su orgullo con el trato habitual de *frater* como querido hermano (16. 5). “Una parte de vosotros -dirá Cecilio en una ocasión- la más numerosa, la mejor, según decís, sois indigentes, sufrís frío, padecéis trabajo y hambre”. Dialoga Cecilio consigo: *Deus non vult aut non potest opitulari suis; ita aut invalidus aut iniquus est* (12. 2).

La pobreza de espíritu es tema dilecto de la filosofía estoica, de Séneca, de los Evangelios, de M. F. El cristiano convierte la infamia de la pobreza en honra y prez, en motivo de gloria. En el cap. 36 se extiende: no es pobre el que no necesita, el que no desvela por lo ajeno, el que es rico para Dios. Más pobre es aquel que, aunque tenga mucho, desea más. Cuando afirma que las aves del cielo *sine patrimonio vivunt*, ni tejen, ni hilan, tiene en la mente el Evangelio, aunque no lo diga ni lo cite.

M. F. pone a la par de los *pauperes* a los *inlitteratos e imperitos* (16. 5). “Sepan los paganos que todos los hombres sin discriminación de edad, sexo, dignidad han sido procreados hábiles y capaces de razón y sensibilidad” (16. 5). Esta vez M. F. parece equiparar razón y sensibilidad. Lo que no se equipara es el oro y el cielo. Menosprecia a los ricos “enredados en sus propios bienes”; están habituados a mirar más el oro que el cielo.

4. EL CULTO

Una afirmación muy breve se impone: *Cruces etiam nec colimus nec optamus* (29. 5). ¡Había llegado a decir que los cristianos veneran una cruz que merece sufrir! (9. 4). No nos debe escandalizar: por esos siglos, hasta el Edicto de Milán, se venera-

ban más los símbolos que los instrumentos de la pasión. Junto a la brevedad se ha impuesto un lenguaje coloquial, amistoso. ¿No tenemos suntuosos templos, altares, imágenes? No son necesarios: “el hombre mismo es imagen de Dios ¿qué templo le construiré, si todo este mundo creado por él no puede abarcarlo? ¿No es mejor venerarlo con nuestra mente y adorarle en lo más profundo de nuestro corazón?” (32. 1-2). ¿Ofreceré ofrendas y víctimas a Dios que las ha creado para mi uso? ¿Seré un ingrato rechazando sus dones?

A la objeción de Cecilio de que Dios ignora los actos de los hombres, e instalado en el cielo no puede visitar a todos y conocer a cada uno, contesta Octavio: “yerras, hombre, y te engañas. Todos los seres del cielo, de la tierra y del orbe le son conocidos y están llenos de Dios (*Deo plena sint*, 32. 7). En cualquier parte no sólo está cerca de nosotros, sino que se ha introducido en nosotros. No sólo estamos bajo su mirada, sino que también casi vivimos con él” (32. 7-9). El discurso se ha transformado en coloquio. Toda la naturaleza preanuncia nuestra futura resurrección: el sol se sumerge y renace, los astros se ponen y vuelven y las flores se marchitan y reviven [...] Nosotros debemos esperar también la primavera del cuerpo (*corporis ver*) (34. 11-12). El coloquio ya es poesía pura.

Vayan estas últimas florecillas de varios colores. A las críticas a la abstención de espectáculos, de placeres y ritos inofensivos, Octavio contesta que ello se debe simplemente a una “afirmación de verdadera libertad” (*verae libertatis adsertio*, 38. 1).

Octavio se indigna especialmente de que “se dude de nuestra complacencia con las flores primaverales, puesto que recogemos ya la rosa de la primavera, ya el lirio. ya cualquier otro color y perfume” (38. 2). Octavio termina su apología con un verdadero canto a la rosa, no indigno de algunos poemas del africano Floro, del *De rosas nascentibus* atribuido a Ausonio, o del *Pervigilium Veneris*, anónimo, pero con probable origen africano junto con la *Anthologia Latina*. No podían faltar las flores con distintos usos en este jardín, que es la apología octaviana. “Las usamos ya sueltas y diseminadas, ya como guirnaldas alrededor del cuello” (38. 2).

Que no coronemos con flores nuestras cabezas ni a los muertos, es cosa intrascendente; es cuestión de modestia o costumbre. Además preferimos a marchitas coronas una vivificada de flores eternas (*aeternis floribus vividam*, 38. 4).

Sobre ofrendas aparece a veces liberal y moderno. Rinde mejor culto el que

cultiva un alma buena, una mente pura, el que practica la justicia, el que se abstiene de fraudes, quien salva a un hombre en peligro. *Apud nos religiosior est ille qui iustior* (32. 3).